

Desechos clasificables (*)

Por Inés Charmillot 2°C

Montevideo vive desde hace muchos años una cruel realidad que se acrecienta cada día. La pobreza y los nuevos actores sociales que surgen a partir de ésta, tienen en la actualidad su máxima expresión. El clasificador de basura, también conocido como el hurgador, es uno de esos nuevos actores que se encuentra hace cierto tiempo dentro del paisaje urbano montevideano.

Martín Ponce de León (ex-secretario del departamento División de Limpieza de la IMM y actual director del Ministerio de Industria y Energía) dijo que por las calles montevideanas desarrollan su labor unos 8.500 hurgadores de residuos y que aproximadamente el 35% de ellos lo hace en carritos impulsados por seres humanos, el 31% en carritos tirados por caballos y el 34% en bicicleta o a pie.

Además, comentó que el clasificador levanta un total aproximado de 1.865 toneladas de residuos semanales y sobre ese total obtiene 438 toneladas de alimento, 400 toneladas de chatarra y 773 toneladas de papel y cartón. Los datos municipales señalan que casi 40.000 personas viven de los residuos; eso implica que de cada hurgador se alimentan aproximadamente cinco personas

Eran las seis de la tarde cuando lo encontré revolviendo un contenedor en Juan Paullier. Matías Rodríguez tiene 18 años y es uno de los tantos hurgadores de basura que recorre las calles de Montevideo en un carrito tirado por un caballo. Es menudito, flaco, morocho, con lindas facciones y unos grandes ojos marrones. Es conocido por la gente de su barrio (Puntas del Manga) como “*el Carozo*”. En su noble tarea de clasificador siempre o casi siempre está acompañado por su hermano Alejandro Manuel Rodríguez, alias “*el Enano*”, de 16 años, que se le parece mucho.

Matías vive en un asentamiento que está pegado al Arroyo Manga, con sus padres y sus cinco hermanos. La casa está hecha de chapas y materiales encontrados en la basura y en los contenedores. Alrededor hay veinte viviendas más, hechas también con chapas, y unos siete caballos muy desnutridos y sucios que se alimentan y deambulan por el pequeño predio cubierto de basura, chatarra y con pocos lugares para pastar. El olor del arroyo mezclado con el del basural es muy fuerte y desagradable para alguien que no vive en esa situación, pero, como dice Matías, él ya está acostumbrado.

No tiene horario fijo para comenzar la tarea, por lo general parte de su casa en la mañana, llega hasta el Centro y luego, cuando el sol comienza a ocultarse, vuelve, revisando otra vez alguno de los contenedores que están a su paso.

Se mete dentro del contenedor y empieza. Abre las bolsas, las que no tienen nada útil las deja dentro del tarro y las otras, las que tienen alimentos o materiales reciclables como plástico, papel y cartón, las tira o dentro del carro o

en la calle. “Las viejas se enojan si les dejo la basura afuera, viste, afuera del tarro, pero ta, yo necesito luz pa´ ver lo que me llevo, viste, porque si no se me llena el carro” dice Matías con respecto a las señoras que se quejan de su tarea. “Además a veces, viste, se asustan y ponen caras, viste, porque no saben que estoy adentro del tarro y yo me río, porque se asustan”, comenta en tono de chiste haciendo sonreír a su hermano.

Dentro del carro también se clasifica; no están todas las bolsas juntas. “Acá van las cajas que doblamos y acá las botellas de plástico”, señala Alejandro para que mire. En el fondo del carro se pone todo lo que es material reciclable, más adelante lo que es alimento y en unas cajas que se encuentran en los costados, se colocan las botellas de plástico.

Matías durante el trayecto separa alguno de los alimentos que encontró o le dio alguna persona de forma solidaria y come con su hermano. Al llegar a su casa, el padre toma los materiales de cartón, papel y plástico y los aparta para entregarlo al otro día a un revendedor. Todos los integrantes de la familia de Matías se turnan para buscar y clasificar la basura, los hermanos de de ocho y doce años de edad son los que recorren las calles de la ciudad en la noche. La madre y los dos hermanos de uno y cuatro años son los únicos que no utilizan el carro, ya que van a los semáforos a pedir monedas.

José Pereyra es un clasificador de 42 años de edad, padre de seis hijos, vive en el Cerro y no parece tan charlatán y divertido como Matías. Viste ropas gastadas y el cansancio se le nota en los ojos caídos. Sin muchas ganas de hablar, comenta que es un clasificador y que le vende, al fin de la semana, todo el material reciclable a un revendedor.

Este pasa con el camión por la casa de José o fija algún punto de encuentro y le paga por la cantidad de material reciclable recolectado. Luego lleva todo ese material a fábricas que reciclan papel y cartón, como la que está bordeando el Parque Rivera y lo revende a mayor precio. En la fábrica le pagan por kilo de papel y/o cartón. Si es plástico, en cambio, lo lleva al Cerro, donde era el frigorífico, donde hay unas pequeñas empresas que compran el plástico y lo reconvierten.

Las situaciones de Matías, Alejandro y José sólo son tres casos de aproximadamente 8500. Hay miles de uruguayos que no tienen otra forma de subsistir que ésta, que la de revolver y clasificar la basura. Esta situación es dramática y más aún cuando son niños que de madrugada bucean en los recipientes de basura como el caso de los hermanos de Matías. Se ha convertido en algo tan natural que se toma de forma pasiva, se ve como normal que en Montevideo haya personas adentro de un contenedor buscando algo para vivir. Es triste ver que en este país los carros de basura tirados a caballo ya se han transformado en una característica urbana, en una aberración cultural fuera de control.

()Reportaje. El ejercicio de escritura consistió en integrar el testimonio personal, las descripciones y las citas de las fuentes consultadas en un texto periodístico.*